



Sacrificio inútil de un pollo asado

Yo, que jamás sentí el prurito de ponerme en contacto con el público por medio de la letra impresa porque siempre opiné, y lo sostengo, que debe escribir quien pueda y sepa hacerlo en forma tal que enseñe, deleite o sugiera al menos nuevas apetencias espirituales, tuve la debilidad de claudicar el año pasado entregando a RENTERIA unas leves cuartillas eutrapélicas, y este año, debo confesar que el amigo editor ha sabido también vencer mi resistencia diciéndome una y más veces: «Haga usted algo para la revista RENTERIA de este año».

Es indudable que en ese algo va implícita la libertad de elegir el tema, y claro está que otro en mi lugar, aprovecharía esa facultad para producir un bello escrito, pero mi indigencia cacuménica me coloca en el trance del águila alicorta y de nada sirve que yo, encumbrado en lo más alto de una atalaya metafórica, divise allá en lontananza el espacio infinito si no sé ingeniarle el medio de utilizarlo.

Por otra parte, la revista RENTERIA cumple su cometido cuando se ocupa de personas, animales (no hay alusión para nadie) y cosas de la villa, y así resulta que la amplitud de aquel horizonte se contrae. Aún cierra, estrecha más esa limitación el hecho de que en los once años que viene publicándose, ha dicho otras tantas veces quiénes son sus autoridades civiles, militares y eclesiásticas, cuales son los problemas resueltos y los que aún están pendientes, quiénes son los sujetos típicos, las costumbres peculiares, etc. Las personalidades más relevantes han aparecido siluetadas, unas de perfil, otras de frente, y algunas de frente, por detrás y de costado. El avance, la prosperidad de las industrias y del comercio, quedó reflejada año tras año en los anuncios o en las páginas descriptivas.

Entonces, ¿qué queda por decir? Poca cosa. Casi bastaría que la misma revista del año anterior se pusiera hoy a la venta. Pero no, yo recuerdo todavía la pregunta del catecismo: ¿Para qué están las imágenes en los altares?— Para recordar a Jesucristo, la Virgen y los Santos que están en los cielos. A ese tenor yo continuaría inquiriendo: ¿Para qué sirve la revista RENTERIA?— Para recordar a los renterianos todos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, que estamos hoy en la víspera de las típicas y alegres fiestas de la MAGDALENA, la sublime arrepentida.

Y... no más digresiones, porque siendo una de mis favoritas aficiones dedicarme a pergeñar semblanzas humorísticas, quiero ocuparme de lo que para mí constituye hoy un caso extraño, pintoresco, exótico, casi desconcertante. Veámoslo.

Alto, desgarbado, tiene un caminar derrengante y no logra nivelar del todo un pie con otro. Emperero, su cojera

es tan liviana, que, usando calcetín de lana en la extremidad menguada quizás le fuera dable hallar el equilibrio perdido. Más aún. Bastaría que no se lavara ese pie durante 21 días, en época invernal, claro está. De la cintura hasta el cuello puede pasar, con un buen terno, como pasamos los demás que nos tuteamos con ADONIS. En el cuello, un aprendiz de sastre más que un galeno, verificó sus primeros experimentos dejando indelebles huellas de varios percances. Napia aguileña, mentón saliente, pelo castaño ralo, tiene un mirar negro (usa gafas aluminadas). No obstante estos ligeros reparos, el conjunto físico es de un hombre normal y nadie descubriría en él a un furibundo iconoclasta. Pero... ¿es auténtica la fama que se cierne sobre él? Vamos a verlo a través de mis observaciones personales.

Un hombre que se dice profesa ideas tan anquilantes no concibo yo pueda tomar la vida con la placidez y jovialidad que él acostumbra, porque ha de saberse que toma café con leche sin azufre, lee «La Noticia» y no «El Motín», juega a la quina como un bendito sin soltar siquiera un venablo, se acuesta temprano. Además, yo mismo lo he visto, tiene los gustos de un perfecto burgués, porque en su taller, en vez de fabricar sillas con púas y armarios con bombas, construye confortables cojines, arrellanantes butacas y hasta chaise-longues. También he visto que paga las letras de cambio, y en esto, amigo mío, veo que es un rezagado, porque hoy, lo burgués, es no pagar en tantos casos.

Pero el episodio cumbre de este personaje estriba en que un buen día eligió para dama de sus ensueños a una aldeanita pulida y pizpireta, que las hay, como todos sabeis. Cuando el noviazgo iba tomando un sesgo apremiante y los corazones pugnaban por desbordarse, la chica pensó que la cosa estaba como para que alguien más interviniese. Dicho y hecho. Se convino en que mi protagonista acudiría al caserío donde tendría lugar la consabida cena. El futuro suegro, con esa perspicacia que siempre se les atribuye en las narraciones, echó un vistazo al corral y de un golpe infalible desgañitó a un pollito que ya empezaba a gallear.

La «echecoandre» después de no pocos apuros, logró aquel día que el pollo resultara en la cazuela casi más arrogante que en vida del mismo. Hubo un poquitín de entremeses, algún que otro plato y estamos delante del emperador del corral que panza arriba y doradito se ofrece a la voracidad de los comensales de aquella histórica tarde. En el momento en que el «baserritar» cuchillo y tenedor en mano se disponía al descuartizamiento, el novio, demudado por la emoción pronunció estas solemnes palabras:

«Yo, en nombre de los sentimientos humanitarios que profeso y considerando que ningún ser viviente puede arrebatar a otro ese preciado don, renuncio a jamarle el pollo». La vergüenza de la novia no admitía comparación en aquel instante con la estupefacción del padre. Este, reflexionando un poco y asesorado por la también aturdida «echecoandre», se levantó de la mesa y llamando aparte a la hija le dijo estas no menos lapidarias palabras: «Dile a ese esperpento de tu novio, que desde hoy deja de serlo y que si en algo estima su integridad personal y no quiere que yo haga con él lo que con el pollo que él ha despreciado, salga de mi casa repentinamente y sin que yo le vea para evitar que pase algo gordo».

Así lo tuvo que hacer este mutil renteriano que en tan pésimo lugar dejaba la justa fama anfitriónica del buen vasco, pero al ir a atravesar el corral, las aves todas se alborotaron de tal manera que aún no se sabe si aquellos cacareos y quiquiriquis simbolizaban la exaltación del protagonista, o la repulsa de la grey al que no supo agradecer el cruento sacrificio del compañero yacente en la cazuela.

El retrato está hecho, deficiente, como todo mío. Ahora falta la dedicatoria o el comentario, que lo dejo al cuidado de cada amable lector.

PLEMON.



Una vista renteriana: Aspecto de la calle de Viteri, una de las principales vías de la villa. Por ella pasa el tranvía de S. Sebastián y en ella se encuentra el famoso restaurant "Rentería".